

# Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios | vol. 26 - n.º 28  
e-ISSN:2610-7902 | e-Depósito Legal: Me2018000066



Iván Romero / *Árbol de sanación* / 2016 / acrílico sobre lienzo / 162 x 152 cm

## Distopía, frontera y desplazamiento en la novela *Ver lo que veo*, de Roberto Burgos Cantor

## Dystopia, border, and displacement in the novel *Ver lo que veo* by Roberto Burgos Cantor

## Dystopie, frontière et déplacement dans le roman *Ver lo que veo* de Roberto Burgos Cantor

Recibido 22-06-21

Aceptado 16-09-21

Ana Elena Builes-Vélez<sup>1</sup>

Danny Jean Paul Mejía-Holguín<sup>2</sup>

Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia

[ana.builes@upb.edu.co](mailto:ana.builes@upb.edu.co) / [jean.mejia@upb.edu.co](mailto:jean.mejia@upb.edu.co)

**Resumen:** Este artículo tiene como propósito comprender la manera como está representada la ciudad detrás de la muralla en la novela *Ver lo que veo* de Roberto Burgos Cantor. Para esto se analizó dicha novela con el fin de extraer los pasajes en los cuales se hace alusión explícita e implícita a la frontera, la invasión y el desplazamiento, se analizaron los conceptos de frontera, invasión y desplazamiento y se reconocieron los elementos del mundo distópico en la novela. Esta obra pone en evidencia la crisis de un barrio que vive con la constante amenaza del desalojo y cuya única aspiración es la sobrevivencia, y la manera como su presencia en la frontera con la ciudad amurallada genera malestar y es vista solo como un estorbo.

**Palabras claves:** desplazamiento; frontera; distopia

1. Ana Elena Builes-Vélez. Ing. Mg. Coordinadora de Formación Avanzada e Investigación. Escuela de Arquitectura y Diseño. Universidad Pontificia Bolivariana, Grupo de Investigación en Lengua y Cultura. ORCID <https://orcid.org/0000-0002-9655-8193>

2. Danny Jean Paul Mejía-Holguín. Universidad Pontificia Bolivariana, Grupo de Investigación en Lengua y Cultura. ORCID <https://orcid.org/0000-0003-4804-3790>



**Abstract:** This article aims to understand the way the city behind the wall is represented in the novel *Ver lo que veo* by Roberto Burgos Cantor. For this purpose, this novel was analyzed to extract the passages in which explicit and implicit references to the border, invasion and displacement are made. The concepts of border, invasion and displacement were analyzed, and the elements of the dystopian world were recognized in the novel. The author highlights the crisis of a neighborhood that is in constant threat of eviction. Whose inhabitant's only aspiration in life is survival. Also, the way its presence on the border with the walled city generates discomfort and hindrance.

**Key words:** displacement; border; dystopia.

**Résumé:** L'objectif de cet article est de comprendre comment la ville derrière le mur est représentée dans le roman *Ver lo que veo* de Roberto Burgos Cantor. À cette fin, le roman a été analysé afin d'extraire les passages dans lesquels des allusions explicites et implicites sont faites à la frontière, à l'invasion et au déplacement, les concepts de frontière, d'invasion et de déplacement ont été analysés et les éléments du monde dystopique dans le roman ont été reconnus. Ce travail met en lumière la crise d'un quartier qui vit avec la menace constante d'une expulsion et dont la seule aspiration est la survie, et comment sa présence à la frontière de la ville fortifiée génère un malaise et n'est perçue que comme une nuisance.

**Mots clés:** déplacement ; frontière ; dystopie.

*¿VEOLOMISMO?*

*Vista de ver y ver. Ausencias y reiterados presentes.*

*¿Será presente el momento en que uno participa y se queda allí?*

*Lo veo y lo veo.*

ROBERTO BURGOS CANTOR, p. 541

## Introducción

En la novela *Ver lo que veo*, del escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor, la protagonista y narradora de esta cuenta la historia y la vida cotidiana de un pedazo de Cartagena de Indias que está ubicado detrás de la muralla del centro histórico. A través de los ojos de Mercedes Escorcía, quien se está quedando ciega, se reconoce un lugar olvidado por el gobierno, poblado por inmigrantes de tierras expropiadas por el mismo, los cuales, día a día, deben pasar la frontera del muro para trabajar en el centro de la ciudad. La novela cuestiona no solo asuntos del desplazamiento y la invasión, sino también los conceptos de lugar, nostalgia, hogar, desarraigo y pertinencia como resultado de la inversión de valores

en el mundo distópico, en el mundo al revés.

Roberto Burgos Cantor nació en Cartagena en 1948, el año de la ira en Colombia, y murió el 21 de octubre de 2018 en la ciudad de Bogotá. Escribió varios libros de cuentos entre los que se destaca *Lo Amador* y una serie de novelas en las que, según él, lo que pretendía era

[un] desentrañamiento de alguna imagen lejana, alguna inquietud que se quiere establecer su verdad, su forma, su manera, mediante la aventura de la ficción. Uno no sabe cuánto queda en el alma de esa primera lectura, en mi caso eran lecturas que me hacía mi madre en el patio de la vieja casa del cabrero, cuyo portón abría al malecón y al tajamar y estaba ahí al enorme mar Caribe con su fragor, sus pescadores” (Burgos Cantor, p. 2)

### Una historia polifónica en fragmentos

En *Ver lo que veo*, Burgos Cantor exhibe las virtudes de un escritor con un estilo único. Expone una prosa en la cual los párrafos tienen la intensidad de un poema, construyendo metáforas y renovando el lenguaje. La novela está conformada por veintidós fragmentos, con notables diferencias entre el espacio, el tiempo y los narradores, que se entrelazan para reconstruir, poner en diálogo y evidenciar múltiples perspectivas de la misma historia: la del desalojo y la invasión. Ninguno de los fragmentos está nombrado y logra reconocerse en el narrador la situación que focaliza narrativamente el fragmento.

La novela no solo se presenta como polifónica, sino que también se evidencia la presencia de una voz colectiva, la de quien narra lo que ha podido ver y se siente en la obligación de contarlos por aquellos que no pueden o no deben hacerlo. Sobre esto, Simón Henao afirma que “[l]a mirada de esta narradora focaliza en el carácter colectivo de la experiencia del despojo, en el carácter testimonial del relato y en la naturaleza colectiva de la mirada del testigo” (p. 50). Testigo que insiste constantemente en lo que ve, en lo que es necesario contar. Y eso que cuenta, Burgos Cantor lo va tejiendo con otras voces, en diferentes intervalos, construyendo un relato que se mantiene en el tiempo.

El primer apartado de la novela nos cuenta la historia a través de los ojos de la vieja del pueblo, los inicios del pueblo de la invasión: “Mi mamá cuenta que el barrio empezó en la lengua de tierra anegadiza en esta orilla del lago. Después no cabíamos y con disimulo rellenamos. Cáscaras de arroz, basuras, cascajos, piedras y conchas marinas, virutas, cartones, periódicos.” (Burgos Cantor, p. 9). La narradora relata y describe cómo el barrio se expandía y cómo iban llegando visitantes para quedarse y aquellos que “no vienen sino que se van, en la noche [...] son los vecinos que trabajan” (p. 11).

Los veintiún fragmentos que continúan, casi iguales en extensión, se configuran a partir de diferentes registros narrativos en primera o tercera persona, permiten aproximarse a los personajes centrales, aquellos que narran la historia y, en muchos de los casos, esta es

una expresión cercana al testimonio: “Si somos invasores lo seremos mejor que los españoles con sus descubrimientos equivocados, sus cruces y su rey” (Burgos Cantor, p. 111).

*Ver lo que veo* se articula en un sistema de fragmentos de voces discontinuas, múltiples y arrítmicas. De esta forma, Burgos Cantor construye los apartados con personajes que se encuentran y desencuentran, que representan el pedacito de tierra detrás de la muralla, el pueblo de los “invasores”. Cada fragmento tiene una composición particular, aspecto que da cuenta de una gran complejidad narrativa.

En cada uno de los apartados el escritor proyecta una progresión de imágenes complejas, alterna monólogos y narraciones en tercera persona, creando una narración sin fisuras. Describe la formación de un mundo presente y sus orígenes, la historia de una parte de Colombia contada en una armonía equilibrada a través de un diálogo de múltiples miradas.

### Desplazamiento, invasión y frontera

La configuración actual del país es el resultado de una larga serie de desplazamientos rurales y urbanos en las diferentes regiones, lo que ha implicado, entre muchas cosas, que unas formas de enfrentar la vida sean constantemente movidas por otras, generando así nuevos asentamientos humanos, invasiones y nuevas configuraciones espaciales. El resultado es un territorio desarticulado del proyecto de nación, configurándose un mundo distópico donde la realidad transcurre en términos opuestos: una sociedad, pueblo o ciudad indeseable, en ocasiones, levantada junto a una ciudad reconocida por el gobierno local, generando una frontera, una zona de transición y cambio que tiene una doble función: permitir el paso y dividir.

En *Ver lo que veo* hay un constante lamento. La narradora recuerda entre quejas cómo “aparece otra vez la amenaza de la expulsión, el desalojo. La condena a agonizar errantes, a no tener un solar, una querencia” (Burgos Cantor, pp. 195-196). El desplazamiento y la migración se definen casi como sinónimos de éxodo, exilio y destierro. Se representan la pérdida y la extrañeza en el nuevo lugar, aquel al que se llega a invadir. Coinciden las definiciones, además, en que este fenómeno está acompañado del dolor y la nostalgia por todo aquello que se deja atrás y por la necesidad de habitar un nuevo lugar que reemplace el lugar perdido.

Pero ya aquí: porque, dígame usted, para dónde vamos a coger ahora, para dónde, cómo, por qué. Aquí llegamos incompletos, no solo incompletos en número... sino incompletos también por lo peor. La tierra que pisábamos, escupíamos, en la que sembrábamos, rozábamos con los pies en los bailes con velas, enterrábamos las placentas, eran propiedades compradas ayer. (Burgos Cantor, p. 412)

Este fenómeno de desplazarse produce un encuentro de diferentes tejidos sociales, una inversión de la tranquilidad y de los valores que se dislocan ante la aparición de nuevos pobladores. Según Luz Mary Giraldo:

El desplazamiento muestra en nuestro medio el paso del campo a la ciudad, viéndose ésta afectada al cambiar ante un nuevo (des)orden: organización ciudadana, señales de desempleo, dificultades para la educación y la reubicación, inseguridad social, diversas formas de agresión, etc. (p. 424)

El resultado de este desplazamiento pone en evidencia una ruptura con el proyecto de vida y anuncia una pérdida sociocultural. Burgos Cantor pone esta evidencia en la voz de la vieja del pueblo, en diferentes momentos y tiempos: “No es fácil pasarse la vida en un eterno y reiterado empezar. Estirar la tierra. Alejar el agua” (p. 213).

Consecuencia de este fenómeno aparece un sujeto al que se reconoce como el desplazado, como un hombre expulsado de su mundo de origen, el cual no es bien recibido por la ciudad moderna, viviendo en la tierra que no le pertenece y volviéndose invisible para la sociedad. En *Ver lo que veo*, los habitantes de ese pedazo de tierra que ahora reconocen como suyo, que han tenido que ir y venir, sienten que “[a]l llegar aquí, disminuidos por lo que dejamos, con el hueco en el alma del despojo, la vida pierde dirección, el propósito” (Burgos Cantor, p. 213). Pueblan un espacio, un “barrio sin nombre, sin lugar en el mapa, en el plano, en el catastro, invisible, tierra que hacemos y nos recibe para quedarnos enraizados, no nos vamos, respiración secreta, deseo puro de vida. ¡Tierra, tierra, tierra!” (Burgos Cantor, p. 19).

Se ubica a este sujeto, acudiendo al análisis de Amir Valle, en el “afuera”, es decir, en la periferia de la ciudad, mientras el “adentro” corresponde a lo ya establecido por unas familias tradicionales. En el “afuera” está el recién llegado, aquel expulsado del campo y desposeído de los beneficios que la ciudad ofrece y esto le otorga la denominación social de marginado (Valle, p. 97).

Y después nos ganamos otra echada, en esta nos sacaron de lo que nos pertenece, arrojados como bandidos, usurpadores. Allá dejamos tanta vida que aquí seguimos incompletos. ¿Cómo se completará uno? Dígame usted. Empezar incompletos nos va dejando incompletos. (Burgos Cantor, p. 412)

La invasión y el nuevo pueblo que crece con cada visita de un familiar, con cada nuevo desalojo, se asienta invisible en los límites, en la frontera. Marc Augé propone que “[u]na frontera no es una barrera, sino un paso, ya que señala al mismo tiempo, la presencia del otro y la posibilidad de reunirse con él” (p. 21). En este sentido, en *Ver lo que veo* reconocemos un límite que se dibuja y desdibuja constantemente y que permite la entrada y la salida del pueblo a la ciudad, aquella dentro de la muralla. Este sentido del adentro y afuera que no es solo un espacio físico que se inscribe en la geografía de la ciudad, sino que

representa una serie de imaginarios de los que se hace parte, un estatus social, una cierta “dignidad” de vida que están en constante interrelación.

Las fronteras no se borran, se trazan nuevamente y, en este sentido, estas responden a “una dimensión temporal” (Augé, p. 22). Según Augé, estas son quizás nuevas formas del porvenir y de la esperanza. En el mundo actual, las fronteras que prometen la igualdad esconden diferencias y desigualdades, siendo más evidente incluso dentro de las mismas ciudades. La narradora lo describe: “Le decía: Para lo único que ha servido legitimar esa diferencia es para que los blancos vayamos al club con las esposas y nos refocilemos con las negras en las playas verdolagas” (Burgos Cantor, p. 193).

La frontera existe si se ve, si se nombra, si hay un testigo de que en realidad hay un límite, real o pactado. Mercedes y los pobladores del pueblo son ese testigo constante y silencioso, porque todo lo que ven, se queda con ellos y les permite entender la realidad que habitan hoy. Lo dice Mercedes casi finalizando la novela: “Para mí que veo lo que veo, no hay confusión. No es porque yo sea guardián de frontera, o espía del alba, o contadora de almas vivas. O cazadora de estrellas” (Burgos Cantor, p. 415). La idea de la visión, que nos plantea Burgos Cantor, es interesante teniendo como precedente la idea de que la periferia de alguna forma siempre está observando hacia el interior, mientras que los que están dentro de esta parecen evitar siempre mirar hacia afuera. En este caso, Mercedes siempre mira hacia ambos lados de la frontera, geográfica y cultural, que la mantiene encerrada.

En el orden de la geografía y de la cultura es importante reconocer que las fronteras están cruzadas por asuntos culturales y sociales que desplazan, mueven y desdibujan los límites, naturales o artificiales, y transforman las líneas que dividen los lugares que permiten, o no, las relaciones e interacciones sociales. En la novela, el pueblo limita geográficamente con el mar y la ciudad amurallada. Se ven obligados a construir un puente que hicieron “entre todos. Hasta los niños ayudaban a recoger los clavos y tornillos que se caían ... los hombres que martillaban, emparejaban los pedazos de madera, unían vigas y horcones” (Burgos Cantor, p. 37). Puente por el cual, más tarde, llegarían nuevamente con el edicto de desalojo, un nuevo llamado a dejar todo lo poco que les pertenece y buscar un lugar diferente del que esperan no tener que moverse más.

Este ir y venir, más allá de solo cargar “con el lastre de arrastrar recuerdos y algunos bienes” (Burgos Cantor, p. 196), evidencia un constante sentimiento de nostalgia y melancolía vinculado al hecho de desplazarse, invadir y tener que cargar los recuerdos. Nostalgia de una “vida escasa, incompleta” (Burgos Cantor, p. 197). Los recuerdos y la nostalgia, según Raymond Williams (p. 50), como estructura del sentimiento, en la cultura occidental, se convierten en una manera de estudiar el pasado. El sujeto nostálgico retorna al pasado para encontrar y construir las fuentes de su identidad y comunidad que han sido bloqueadas, suprimidas o amenazadas por el presente. El pasado se trae nuevamente como una fuente de aquello que se percibe como perdido o que hace falta. Mercedes se pregunta todo el tiempo: “¿Se podrá vivir con tanta acumulación de pasado que no se va? Tanto

tiempo guarecido en las piedras. Tantas placas con la señal de la fugacidad: por aquí pasó, aquí se alojó, aquí murió” (Burgos Cantor, p. 78).

Hay una evidencia de una nostalgia del presente y del pasado y, además, un sentimiento de desplazamiento que no es solo físico o geográfico, sino también del espíritu, el cual Mercedes nos relata cuando nos dice: “Con mis años muchos recuerdos se quedaron conmigo, entonces no estoy sólo aquí sino donde estuve, como si la vejez fuera estar en varios lugares [...]. Pensar me ayuda a ponerle un orden a los recuerdos” (Burgos Cantor, p. 196). Esto es importante porque recordar también es habitar, y en ese sentido podríamos hablar de que la memoria también opera como ese territorio de frontera, también divide los lugares, las personas y los sentimientos del pasado, de aquellos del presente.

### Mundo distópico en *Ver lo que veo*

Las relaciones que se tejen en las ciudades se pierden una vez aparecen los desplazamientos. Es acá donde la utopía se disloca y desde aquí desde donde se entiende, como lo plantea Augé, a la ciudad como “una total ilusión: como una utopía realizada[...] de esta manera, lo que se está perfilando ante nuestros ojos, con la urbanización del mundo, parece ser el desplazamiento de la utopía” (p. 82) y la aparición de la distopía.

Una distopía es una representación ficticia de una sociedad futura con características negativas que, en algunos casos, son las causas de la alienación humana. El término *distopía* proviene del prefijo griego *dis-* y de la palabra *utopía*, formada con elementos también griegos. *Utopía* significa "no-lugar" y fue usada originalmente por Tomás Moro en su libro *Utopia*. Se dice entonces que la distopía es una visión crítica de la utopía creada a partir de una crítica del orden social o político que la comunidad ideal representa. Esta puede exagerar o invertir la utopía, proponiendo que algunos aspectos de la fantasía del futuro ideal eventualmente producirán distorsiones o contradicciones.

La distopía, en *Ver lo que veo*, se encuentra en el intento frustrado de reconstruirse como pueblo en el pedazo de tierra; en la dislocación de los sentidos, en la amenaza constante del desalojo: tener los recuerdos y los pocos bienes medio empacados para salir corriendo. Los habitantes de la isla de basura, detrás de la muralla, se sienten olvidados, no reconocen el lugar como suyo, por el miedo a perderlo todo otra vez: “Dígame: ¿usted llamaría barrio a esto que estamos levantando y de donde nos quieren sacar? [...] A mí me gusta, a pesar de los aguaceros de invierno que convierten las calles en un barrizal (Burgos Cantor, p. 414).

Mercedes Escorcía, el boxeador y el jugador de azar andan dando tumbos, guardando recuerdos, recogiendo evidencias, rogando por una vida tranquila, un tiempo de tregua de sus huidas: de la policía, de la suerte, de la vida misma. Hay en *Ver lo que veo* una constante contradicción entre dos sectores sociales que luchan por volver a tener su vida.



Para Williams, la utopía se trataba de perfección y la distopía de la imperfección radical. En *El campo y la ciudad* comparó las representaciones literales de la ciudad con las preguntas sobre ciertos aspectos históricos. En su análisis de la ciencia ficción, resaltó la importancia de las ciudades como escenarios de los imaginarios de utopías y distopías, haciendo énfasis en la historia de la experiencia social de las megalópolis.

En *Ver lo que veo*, Mercedes cuenta lo que escuchaba que su abuelo le contaba a su madre en relación con estas transformaciones:

Le contó a su hija que la sensación plena del logro la tuvo el día de sol que vio las barcazas buscando desde el mar la entrada al canal. En medio de los destellos del mar, peces de plata eléctrica [...] distinguió la maquinaria desarmada que no cupo en las bodegas [...]. Después el estremecimiento del corazón con los primeros acordes de las máquinas, entre el orgullo y la admiración. (Burgos Cantor, p. 191)

Por un lado, el empeño de un sector de la sociedad es el progreso y el del otro, es la sobrevivencia. Al final, ambos están en búsqueda de lo mismo vivir de la mejor manera en su pedazo de tierra y con lo que tengan, poco o mucho; eso caracteriza una sociedad distópica donde las experiencias urbanas no son iguales, ni se pueden medir de la misma manera.

Para esa porción de la sociedad que busca el progreso, también hay adversidad y ruina. Hay un momento en que ese hecho las posibilidades de quien construye abundancia no son siempre positivas, ambos sectores sociales, el que busca el progreso y el que busca sobrevivir, muestran rasgos comunes frente al mundo, frente a lo que no se ha logrado. En la novela, Burgos Cantor hace evidente la manera como el sector del progreso cae en la ruina: juega al azar en el casino donde lo acompaña la buena o la mala suerte.

Leyó los informes de liquidación del ingenio. Se quemó las pestañas comprobado hasta la más mínima cifra. El plan de futuro que tenía su padre, mi suegro, en el cual aparecían las cartas donde el gobierno ofreció atender la reducción de sedimentos en el cauce navegable del río [...] estuvimos de acuerdo en que hubo injusticia, indiferencia y verborrea sobre el progreso que nunca se vio. (Burgos Cantor, p. 288)

Mientras el otro sector mantiene una ilusión tangible, se construye día a día, no echan dados, echan martillos, juntan y hacen el piso con hojas secas:

Siempre veo lo mismo: el barrio crece, ¿será crecer? Veo: se acaba la tierra, el relleno, y levantan techos sobre el agua, garzas de cuatro patas tiemblan con el peso de los habitantes, mientras aumenta la tierra. Se extiende el solar con los rellenos, aumentan los vecinos [...] y se quedan y levantan un techo mientras tiran cascajo y escombros al lago. (Burgos Cantor, p. 17)

En la crisis de la experiencia metropolitana, las historias sobre el futuro tuvieron un cambio cualitativo, donde modelos tradicionales fueron eventualmente transformados. El hombre no se dirigiría hacia su destino o a descubrir su fortuna; por el contrario, reconoció

su capacidad colectiva de transformación individual o del mundo (Williams, pp. 272-78). En *Ver lo que veo*, Burgos Cantor muestra esta crisis metropolitana del desplazado y del arruinado en las voces de la vieja y el comerciante que se ha quebrado, dos visiones diferentes, pero siempre en contraste.

En el barrio, la crisis no siempre tiene respuesta negativa. Los habitantes están en un constante transformarse y buscan siempre salir adelante con lo poco que tienen. El comerciante del ingenio, ya en la ruina, lo describe: "Nacer en un mundo arruinado donde las demoliciones son producto de un abandono, de una guerra, el peso propio de los sueños, y que uno no ha ayudado al derrumbe, ese nacer crea distancia [...]. Nacer para resolver líos extraños que esa generación no causó" (Burgos Cantor, pp. 393-94).

Sin embargo, la vida en esa ciudad parece insoportable, tanto dentro de la muralla como fuera de ella. Tanto Ulises, el cantante, como el boxeador y el comerciante quebrado relatan, entre fragmentos, asuntos de un mundo al revés, un mundo distópico.

Según Williams, existen cuatro tipos de distopías en la literatura. En *Ver lo que veo* podríamos encontrar dos de estas: un mundo extremadamente alterado, en el cual las personas menos felices han sido arrojadas, y el mundo de las transformaciones que son consecuencia de la degeneración social. En todos los casos, reconoce una alteración de las condiciones normales y deseadas en una sociedad existente o recién formada (Williams, p. 95). En la novela encontramos evidencias de estos dos tipos de distopías, incluso en el mismo fragmento, y en algunos casos se repite, casi siempre como un testimonio:

En esta tierra de incertidumbres y peligros desconocidos mi estar mostró su necesidad. En las condiciones de la vida nuestra antes ni pensarlo [...]. La bibliotecaria me contó un día que en este pueblo, hace años, comieron ratas, se comieron todas las ratas, sin condimento, las crías rosaditas, que quedaron las chupaban como lombrices o un pedazo de tocino, y se acabaron. También comían suelas de zapatos. (Burgos Cantor, p. 455)

En esta isla de basura, pueblo de invasores, todo parece desdibujarse y alterar las condiciones normales de la existencia, en una sociedad que se construye a medida que se levanta el barrio lejos de la protección de la muralla.

### La ciudad detrás de la muralla

El Caribe es la puerta de entrada al continente americano, y ahí, en ese mar, en medio de una profunda desigualdad social, está la ciudad de Cartagena de Indias y el pueblo de los invasores que se encuentra fuera de la protección de la muralla. La vieja Mercedes Escorcia describe la sensación que le produce la presencia del gran muro, con un cierto aire nostálgico, recordando:

El muro de luz pedregosa afuera se pega a la cara [...]. Veo desteñida, la piedra amarilla y negra de la muralla envuelta por la sombra roja. La mañana está fresca y un viento suave de mar adentro mueve mi falda [...]. Su soplo ronda los mangles, la superficie del lago. Estremece las láminas de zinc de los techos. (Burgos Cantor, p. 195)

El espacio que se comienza a poblar, escombros sobre escombros, representa la otra ciudad, si es que se le puede llamar así, que se comienza a reconocer a sí misma en cada uno de los habitantes y sus vidas puestas al límite sin la seguridad de estar en un lugar definitivo.

Burgos Cantor se desplaza a través de la memoria por los intersticios de ese complejo proceso de reconstrucción de Cartagena, como un intento de resituarlo en términos sociales, existenciales y estéticos; reinventa una ciudad y una realidad humana donde los seres desean existir a plenitud frente a la presión de fuerzas generadas en el vertiginoso movimiento de las constantes migraciones y reubicaciones que vienen dispuestos a romper todo tipo de órdenes y a crear un nuevo código de valores.

Los personajes se pasean de un fragmento a otro. Muchas de las situaciones de la ficción son análogas. Algunos referentes suelen coincidir y el foco de atención es fundamentalmente el mismo: la villa armónica que era Cartagena a mediados del siglo XX y los barrios que la rodeaban. Este se asume desde varias perspectivas que algunas veces se cruzan: el momento en que es inminente la fuerza arrasadora de la modernización con su consecuente pérdida de la ubicación y del sentido de pertenencia; el momento preciso en que la ciudad se está desmoronando o aquél en que se desdibuja dolorosamente para sumirse en el caos.

Esta Cartagena, la que está siempre en los medios y en las portadas de las revistas, que es muchos mundos a la vez, también está en *Ver lo que veo*, el microcosmos de aquel ombligo del mundo. En la otra Cartagena, esa que no se ve, “la gente habla fuerte para competir con el vozarrón del mar y porque la gente cree que Dios es sordo” (Burgos Cantor, p. 10) y siente que solo así la escucharán: “la gente dice, grita, canta, llora, insulta, reclama, agradece” (p. 11).

Esa Cartagena que primero fue blanca, incluso en las casas más humildes, como en los pueblos blancos de España, la Cartagena de Indias, dentro de la muralla, fue la que le rindió culto al ideal de lo blanco, de lo hispánico, de lo católico. En esta, se revelan después de escudriñar un poco en la capa de pasado que ha quedado sobre las paredes, los colores del Caribe, de la Cartagena negra, mulata y mestiza, donde siempre se habla duro y en la que se baila todo el tiempo, es esa la ciudad que se levanta detrás de la seguridad de la muralla. En *Ver lo que veo* se describe todo esto en retrospectiva, con la nostalgia del recuerdo de lo que solía ser y lo que ahora queda:

Volvía al palacio arzobispal adjunto a la iglesia catedral con los portones en el suelo por los cañonazos, las imágenes amputadas de los santos, y el humo de la pólvora y la marca de los incendios [...]. No sentía desolación al entrar a lo que fue palacio, ahora

una covacha de cachivaches arrumados por las explosiones de la guerra, un reino de cucarachas espantadas, un testimonio del delirio humano que considera que arrasar es construir. (Burgos Cantor, p. 75)

Mercedes narra y reconstruye desde su mecedora los testimonios de una comunidad que ha sido expulsada de sus tierras por la violencia y llegan a la isla de Manga, uno de los sectores más prestigios de Cartagena de Indias, de donde, a pesar de sus resistencias, serán nuevamente expulsados.

Esa gente del pueblo invasor, de la isla de basura, se la pasa cantando y bailando. Al describir la ciudad detrás de la muralla, se hace necesario hablar de la música y del baile, porque en ese pueblo algunos de los habitantes se dedican a esos oficios y otros placeres:

En este barrio la mayoría se inclina por los vientos, así dicen con orgullo, los vientos: saxos, trombones, flautas. Y también por la voz, aullidos del alma que hacen gárgaras de agua con sal marina y ensayan en los patios [...]. A los músicos y las putas, en su salir y entrar, les veo la satisfacción en la cara. Nunca se suicidan. (Burgos Cantor, p. 13)

En el Caribe parece que la música sirve, más que para mitigar los horrores del mundo, para celebrar los hechos, para protestar por el abandono, para celebrar la buena y la mala fortuna. Los habitantes del Caribe y, por supuesto, los del pueblo invasor, contra todo pronóstico, se pasan la vida cantando y caminando al son de la música, llena de melancolía y alegría. Con esta van haciendo toda una especie de cosmogonía humana, una muy cercana, que queda como un testimonio. Lo musical cumple varios papeles en la novela; reconocemos también a ese ser humano humilde que no compone música, pero que la canta, y que está aliviando también sus pesares.

Aparece entonces el radio, ese elemento que, aunque su contenido se produce dentro de la muralla, y se esté escuchando detrás de la muralla o en cualquier otro lugar, sigue siendo propio y se convierte en un puente, en una conexión de dos realidades: dentro y fuera de la muralla. Ese instrumento tenía espacios para todos en los programas de aficionados, donde muchachas y muchachos, probando para ver qué ocurría, hacían fila para cantarles a todos, con la esperanza de salir de pobres.

El concurso de radio se convierte, para uno de los personajes, en el escape, en la nueva esperanza de vida; allí, el regalo de “un disco de Primitivo y su Combo” (Burgos Cantor, p. 134) genera en Ulises, el cantante, una nueva intención de búsqueda de sentido a la vida: ahora “debía educar la voz” (p. 135) para ser aceptado en el grupo de los cantantes del barrio y así poder cantarle a la vida. En *Ver lo que veo* encontramos inventarios de la vocación de la gente: todos querían cantar, ser músicos, boxeadores, prostitutas o algo que estaba en ellos desde siempre. De una u otra forma, las ocupaciones de los habitantes de este barrio han dado forma al mismo y han obligado a que se levanten diferentes espacios que permitan diversas prácticas y lugares para ellas: el salón de belleza, la tienda de la esquina, el taller del ebanista, entre otros.

## A manera de conclusión

*Ver lo que veo* es, entre otras cosas, una novela sobre la injusticia del desalojo, la nostalgia por la tierra abandonada a la fuerza, los pesares que han sufrido los habitantes de algunas regiones de nuestro país, la costa Caribe en este caso; pero también es una reflexión sobre el inmenso dolor y cómo reconocerlo ayuda a sobrevivir a este. Es una lección que nos deja Burgos Cantor del poder de las palabras, de los efectos liberadores, reivindicadores y sanadores, así como de la validez de la escritura en todas las sociedades y en todas las épocas.

En *Ver lo que veo* hay una mirada que no convoca a la imaginación, porque es la mirada del que sufre. Es quizás una forma de recuperación de sí mismos, es lo poco que guardan los despojados, los reprimidos. Es un acto de sobrevivencia, de mostrar que se es un ser humano, que hay una dignidad que se vivió de cierta forma y que se quiere continuar una vida mejor que la que se perdió.

Burgos Cantor escribe desde la búsqueda de quien está empeñado en demostrar que no se le va a destruir, como un acto fundamental de persistencia, no como una narración amarillista. Cuenta desde la alegría espontánea del Caribe, que alcanza para todos, desplazados y no desplazados. Porque la solidaridad estira lo que no es abundancia y se convierte en un acto de compartir, un acto noble. La novela es quizás un espacio donde las letras permiten ver y descifrarlo humano en una injusticia repetida, para encontrar algo que no es comprensible a simple vista.

Esta es una novela circular que empieza con la afirmación “Siempre veo lo mismo” (Burgos Cantor, p. 9) y termina con la aseveración “¿Veo lo mismo? ... Lo veo y lo veo” (Burgos Cantor, p. 541). Con esto, Burgos Cantor parece sugerir una estructura narrativa indicándonos que lo que sucedió en Cartagena sigue aconteciendo, aunque parezca difícil de creer, en pleno siglo XXI. Mercedes Escorcía sigue sentada en su mecedora, como lo ha hecho desde joven, recordando el pasado, añorando con nostalgia una niñez en la que, aunque las cosas eran similares (iguales), todo era más fácil y, al menos, la tierra era propia. Tal como lo hizo con *La ceiba de la memoria*, en *Ver lo que veo* el autor reconoce, relata, revisa todo aquello que permanece, todo aquello que parece no haber cambiado en la historia de Cartagena de Indias, en particular el continuo desalojo, la continua migración, la pobreza y el olvido.

## Referencias

- Augé, Marc. *Por una antropología de la movilidad*. Gedisa, 2007.
- Burgos Cantor, Roberto. “Roberto Burgos Cantor. *Ver lo que veo*. Premio Nacional de Novela 2018” *Radio Universidad Nacional*. Luz Estella Millán. 11 oct. de 2018.

- . *Ver lo que veo*. Seix Barral, 2017.
- Giraldo, Luz Mary. "Narradores colombianos y escrituras del desplazamiento: Indicios y pertinencias en una historia social de la literatura." *Revista Iberoamericana*, vol. LXXIV, n.º 223. 2008, pp. 423-439.
- Henaó Jaramillo, Simón. "La duración del despojo en *Ver lo que veo* de Roberto Burgos." *América sin Nombre*, vol. 24 (2). 2020, pp. 49-56.
- Milner, Andrew. *Tenses of imagination: Raymond Williams on science fiction, utopia and dystopia*. Peter Lang, 2010.
- Navia Hoyos, Mateo. "Voces del despojo: Una reseña de *Ver lo que veo*, de Roberto Burgos Cantor". *Arcadia*, 20 oct. 2017.  
*Semana*, [www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural---revista-arcadia/articulo/roberto-burgos-cantor-tiene-una-nueva-novela-ver-lo-que-veo/66218](http://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural---revista-arcadia/articulo/roberto-burgos-cantor-tiene-una-nueva-novela-ver-lo-que-veo/66218).
- Olaciregui, Julio. "Roberto Burgos Cantor y su 'Ver lo que veo'". *El Espectador*, 26 jul. 2018.  
<https://www.elespectador.com/noticias/noticias-de-cultura/roberto-burgos-cantor-y-su-ver-lo-que-veo-articulo-802485>.
- Parra Londoño, Jorge Iván. "¿Qué hay que ver en *Ver lo que veo*?" . *El Tiempo* (Bogotá), 01 dic. 2017, <http://blogs.eltiempo.com/de-libros-y-autores/2017/12/01/ver-ver-lo-veo/>.
- Real Academia Española. "Desplazar." *Diccionario de la lengua española*, ed. del tricentenario, 2020 (actualización), <http://dle.rae.es/?id=DNNnatQ>.
- "Roberto Burgos Cantor es el ganador del Premio Nacional de Novela 2018 de MinCultura." *MinCultura*(Colombia), 26 jul. 2018,  
<http://www.mincultura.gov.co/prensa/noticias/Paginas/Roberto-Burgos-Cantor-es-el-ganador-del-Premio-Nacional-de-Novela-2018-de-MinCultura.aspx>.
- Tannock, Stuart. « Nostalgia Critique ». *Cultural Studies*, vol. 9. 1995, pp. 453-464.
- Tatis Guerra, Gustavo. "Roberto Burgos, cantor de memorias." *El Universal* (Cartagena, Colombia), 29 jul. 2018, <http://www.eluniversal.com.co/cultural/roberto-burgos-cantor-de-memorias-283874>.
- Torrijos, Gustavo. "Roberto Burgos Cantor y su 'Ver lo que veo'." *El Magazín Cultural*, 26 jul. 2018. *El Espectador*, <https://www.elespectador.com/noticias/noticias-de-cultura/roberto-burgos-cantor-y-su-ver-lo-que-veo-articulo-802485>.
- Valle, Amir. "Marginalidad y ética de la marginalidad en la nueva ciudad narrada por la novela negra latinoamericana." *Anales de la Literatura Hispanoamericana*, n.º 36. 2007, pp. 95-101.
- Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Paidós, 2001.
- . *Marxismo y literatura*. Península, 2000.